

dujera directamente al cementerio, sin penetrar en la población. Llevaba con ella la gran cesta de flores que traía desde Madrid.

Ya en la necrópolis, pagó al cochero y lo despidió y dirigióse un hombre que había salido a la llegada del carruaje y que supuso ser el conserje.

—¿Se puede pasar al cementerio, buen hombre? Deseaba visitar una sepultura — le dijo humildemente.

—Sí, señora, puede pasar—contestó servicial el interpelado, que, en efecto, era el conserje—. ¿Qué sepultura es la que desea visitar?

—La de doña Rosario Bárcenas, de Ordóñez—explicóle Charito, conteniendo a duras penas las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos, ante el lugar, la ocasión y el cúmulo de recuerdos que se agolpaban en su mente. Luego añadió dirigiéndose al empleado:— ¿Quiere usted indicarme donde está esa sepultura y ayudarme a llevar estas flores?

—Si, señora; con mucho gusto. Pero no es preciso que usted se moleste; yo solo llevaré esta cesta—y se la colocó cuidadosamente sobre el hombro.

Dentro ya del sagrado y solitario recinto, anduvieron un rato por calles bordeadas de rosales y evónimos, que eran como ruas silenciosas de una ciudad marmórea e inerte, donde cruces, lápidas y figuras estatuarias albeaban resplandecientes, bañadas por el sol. Al fin, el conserje paróse e indicó:

—Esta es la sepultura que usted busca, señora. ¿Me necesita para algo más?

—No; muchas gracias. Tome usted, para que la cuide bien—y le alargó una moneda de dos pesetas.

Ya sola, temblorosa y emocionada, Charito arrodillóse y, vertiendo copiosas lágrimas besó repetidamente el mármol por el sitio en que estaba inscripto el nombre de su madre. Después, con las manos en cruz y levantados los ojos al cielo, deprecó con acento fervoroso:

—¡Madre mía, tu fuiste tan buena que me perdonaste antes de morir, ruégale a Dios que también mi padre me perdone!

Desató luego la cesta, y una lluvia de flores cayó sobre la amada lona funeraria, esparciéndose un suave y grato aroma, que voló a las alturas mezclado con el perfume espiritual de los rezos de Charito.

Abismada en su éxtasis religioso y sentimental, no advirtió la joven que un caballero, más avejentado que viejo, de triste y severo continente, había ido aproximándose hacia aquel sitio, e iba ya a arrodillarse ante aquella sepultura, cuando Charito, advirtiendo su presencia y reconociéndolo, lanzó un grito y abalanzóse hacia él, cayendo a sus plantas de rodillas.

—¡Papá! ¡Papá mío! ¡Perdóname!...—exclamó entre sollozos desgarrados, tratando de abrazarse a las piernas del caballero, que,